

Aprendan á contener sus deseos los que, tratándose de Dios, esperan siempre cosas sobrenaturales. Sepamos que la vida común y las acciones más ordinarias de la vida, pueden ser santificadas lo mismo que los actos de devoción más meritorios. Recurramos sin temor á la divina Providencia en nuestras necesidades y en las de nuestros prójimos. Sobre todo, busquemos sin cesar la compañía de Jesús y de María con el corazón alegre, y jamás se agotará para nosotros el vino generoso que engendra las vírgenes al mismo tiempo que á los esposos cristianos. — (*Monseñor Pavy, Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA XXIII

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

Hemos probado ya que la Santísima Virgen ha dado al mundo grandísimas pruebas de la protección que le dispensa. Si nos enseña el evangelio que Nuestro Señor está con su Iglesia todo el tiempo y no la abandonará nunca hasta el fin de los siglos, con igual verdad puede decirse lo mismo de la Santísima Virgen. No ha abdicado Nuestro Señor su título de padre ni las obligaciones de su paternidad: *non relinquam vos orphanos*. Tampoco ha olvidado María que fué investida en el Gólgota de una nueva maternidad sobre nosotros, los hijos del siglo diez y nueve, que tenemos el derecho de llamarnos sus favorecidos, puesto que derrama sobre nosotros sus dones infinitos.

Hace algunos años que acaeció al pie de los Pirineos un hecho extraordinario. Una pobre muchacha, hija del pueblo, al reunir la leña que se necesitaba en su casa para el gasto doméstico, apercibió en la sinuosidad de una roca una visión celeste que le pareció eacantadora, pero no le dijo cómo se llamaba. Quince veces se produjo para ella la misma visión, que saliendo al fin del misterio que la envolvía, declaró ser la *Inmaculada Concepción*.

Poco pensaba el mundo en esos momentos en el prodigio

de que acababa de ser testigo el pueblo de Lourdes. La prosperidad nacional y el triunfo político del gobierno tenían preocupados los ánimos sobre asuntos enteramente diversos de la aparición. Entregada la Francia al torbellino de sus pasiones y de sus placeres, y arrastrada por las malas ideas de la época actual, veía con indiferencia que las ideas católicas caían más y más en el olvido. Esta debilidad en las creencias se debía á la guerra que hacían á la religión el jefe de la nación y los fieles todos.

La *sabiduría* que presidía el gobierno de los pueblos seguía como siempre el camino de la justicia. Existía en Roma un poder supremo y sagrado por su origen, por sus servicios, por su antigüedad y por su debilidad física, ó sea el papado, bueno y débil como una madre, según ha dicho un célebre orador moderno.

A pesar de todos estos títulos de impotencia, los soberanos políticos del mundo resolvieron la pérdida de este poder, y para conseguirla, le envilecieron. Y desataron contra él toda clase de calumnias y toda suerte de escritos pagados al efecto.

Lo que se quería era debilitar su autoridad por todos los medios posibles. ¿Cómo podía perdonarle el crimen de haber promulgado el dogma de la Inmaculada Concepción y publicado el índice que contiene todos los errores condenados? Estos eran abusos escandalosos del poder; preciso era ponerles coto y castigar la audacia del que los promoviera.

Para acabar más pronto, el ataque fué general; se abrieron de par en par las puertas de todas las oficinas de la impiedad. El mundo vió caer sobre sí, si nos es dado expresarnos de este modo, una avalancha de negaciones, injurias y blasfemias. Dios, el alma, la eternidad, los principios y las personas, todo, por decirlo así, fué objeto del sarcasmo de los descendientes de los libertinos del siglo

diez y ocho, que repitieron los monstruosos errores de sus antepasados.

Repúgname, por cierto, hablar de esto; pero es necesario darlo á conocer, hoy que se engalana con el apoyo oficial. Todo se ataca hoy de frente, tratando de poner en ridículo nuestras creencias para desprestigiarlas. Tanta impiedad y excesos, tantos reclamaban una contestación decisiva, y María se encargó de darla.

El ilustre pontífice Pío IX decretó, aunque si no por sí solo, al menos sin el apoyo de un concilio, el dogma de la Inmaculada Concepción. Este acto era de una grande importancia, no sólo á causa de la gran verdad que brotaba de él, sino por las consecuencias que le seguían y por los principios que consolidaba.

Obtenido este primer resultado bajo condiciones, por decirlo así, tan particulares, vino á afirmarse la infalibilidad del Papa en materia doctrinal. Luego del dogma que pasó á ser materia doctrinal de fe, se deduce el pecado original, la necesidad de la redención, la vida futura, y en una palabra, la economía del orden sobrenatural. Pues bien, plugo á la Santísima Virgen coronar el acto amonioso del gran Pontífice, y para esto bajó del cielo para decir á los mortales: *Es verdad, yo soy la Inmaculada Concepción. Y á los que pretenden que no hay lo sobrenatural, les contesto: Aquí estoy.*

Difícil es comprender si ha habido alguna vez un prodigio más oportuno; mas lo que sí podemos afirmar es que ninguno ha sido más benéfico. No se contentó María con presentarse varias veces á un joven, sino que quiso permanecer continuamente en el territorio de Lourdes. Allí está en la suave atmósfera de la gruta, en el agua milagrosa que brota de la roca y en las maravillas que obra sin cesar.

Preciso era, para confundir la incredulidad y abatir el orgullo, poner á una y otro cara á cara con hechos multil

plicados que no se pueden negar sin cubrirse de ridículo. Parece que el ridículo no les asusta y que siguen en sus necias burlas y negativas. Para que creamos, dicen, necesitamos ver un milagro. Pues bien, María les ha hecho, no un milagro, sino millares de ellos. A su vista está uno permanente.....y sin embargo, todavía no creen. Tiempo hace que así lo anunció Nuestro Señor. Los que rechazan las palabras y los hechos del Evangelio, no creerán ni viendo los milagros.

Dejemos que disfruten estos ciegos obstinados de la triste satisfacción de no ver. No por negar la claridad de la luz deja de brillar la que trajo á Lourdes la Santísima Virgen, que refleja sobre todo el mundo á pesar de los esfuerzos de Satanás y sus auxiliares por apagar su brillo. Por todas partes se conocen los hechos milagrosos de Lourdes, y millares de católicos se encaminan á la gruta para estampar sus labios en esa piedra santificada por la planta virginal de María. Jamás podrán contarse las lágrimas de gozo y arrepentimiento que se derraman en ese santo lugar; jamás se verán los sentimientos de amor que han removido en él los corazones ni se oirán los cantos de entusiasmo y gratitud que han resonado al pie de esa montaña.

Los que tenemos la dicha de pertenecer á los humildes y pequeños, oímos con gusto y saboreamos el eco de la fe que nos enamora. Ante esa aparición milagrosa y en vista de este hecho soberanamente extraordinario que pasará á ser el gran acontecimiento del siglo XIX, lástima nos dan esos impíos que se pierden, y reconcentrando nuestras ideas damos gracias desde el fondo de nuestras almas á la Santísima Virgen que nos permite gozar de este bendito acontecimiento. Algunas veces nos abandonan las saludables ideas de la fe y pensamientos contrarios á ella asaltan nuestra imaginación; sin embargo, son el tesoro mayor que poseemos, y los que no creen en lo sobre-

natural son verdaderamente unos desgraciados. Gracias á Nuestra Madre Santísima todos los que aquí estamos, creemos, y siempre hemos creído y creeremos siempre en la aparición de Nuestra Señora de Lourdes y le damos las gracias por ella desde el fondo de nuestro corazón.—Así SEA.

COMPASION DE LA SANTA VIRGEN

Sus dolores en los días de la pasión de su divino Hijo

DIA VEINTICUATRO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.

Thren., I, 12

Vadam ad montem myrræ et ad collem turris.

Cant., IV, 6.

Cor meum conturbatum est in me, defecit in dolore vita mea.

Psal., XXXVII, 10.

Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei.

Job, XIX, 21.

Genitus matris tuæ ne obliviscaris, ut perficiatur tibi gratia et benedictio.

Eccli., VII, 29.

Super contritione Filie populi mei contritus sum et conturbatus, stupor obtinuit me.

Jerem., VII, 21.